Trabajo en equipo en seguridad: cuidarnos entre todos evita accidentes



Dos tornillos rodando por un pasillo no parecen una emergencia. Nadie los tira a propósito y nadie imagina que van a terminar con un compañero en el piso, con un esguince o algo peor. Sin embargo, esa escena se repite todos los días en talleres, obras y plantas. Lo que separa un tropiezo de una jornada normal no es la suerte. Es la persona que pasa segunda, tercera o cuarta y decide si se agacha o sigue de largo. Hoy vamos a hablar de eso: de por qué el trabajo en equipo es una de las herramientas de prevención más simples, más baratas y más efectivas que tenemos.

Tu seguridad también depende de lo que hace el de al lado

En cualquier lugar de trabajo conviven muchas personas, máquinas, vehículos y tareas al mismo tiempo. Por eso lo que hace una persona casi siempre termina afectando a otra: lo que uno deja en el camino, lo que uno no vuelve a colocar, lo que uno no avisa. **La seguridad no se cumple de a uno.** Se construye entre todos o no se construye.

Pensemos en un conductor defensivo. No le alcanza con tener prioridad de paso ni con tener la razón. Cede el paso si ve a otro atrapado en el tránsito, baja la velocidad para darle espacio a quien se equivocó de carril y se anticipa a los errores ajenos. Lo hace porque sabe que algún día el distraído será él y va a necesitar que alguien lo cubra.

En el taller, en la obra o en la planta pasa exactamente lo mismo. Cumplir las normas propias es la base, pero no es el techo. La Ley 19.587 y el Decreto 351/79 establecen que los trabajadores deben cumplir las normas de seguridad, usar los elementos de protección y avisar de inmediato cualquier situación que pueda causar un daño. Y la norma ISO 45001 va un paso más allá: pide que los trabajadores participen, aporten ideas y se involucren en la prevención. Dicho en simple, la seguridad nos pide mirar un poco más allá de nuestro propio puesto.

Los descuidos que parecen chicos y las lesiones que dejan

El primer error es el más humano de todos: pensar que eso no es asunto mío. «Es de otro sector», «ya lo va a levantar el de limpieza», «yo avisé, ya cumplí». Volvamos a los tornillos del pasillo. Se puede gritarle al compañero para que vuelva, se puede esperar a que alguien lo note, o se puede agacharse y levantarlos en tres segundos. Si en cambio se trata de un derrame de aceite o de un producto que no conocemos, la respuesta correcta es otra: no improvisar, señalizar la zona, avisar y seguir el procedimiento de limpieza que corresponda. En los dos casos el criterio es el mismo: no dejar el peligro a la espera de la próxima víctima.

El segundo error aparece cuando se termina una reparación. Quien interviene una máquina la deja bloqueada y etiquetada con su propio candado, como corresponde. Pero el trabajo no termina cuando se ajusta el último tornillo. Falta volver a colocar la guarda, comprobar que quedó firme y cumpliendo su función, retirar las herramientas y avisar al sector antes de energizar. Cada persona retira solamente su propio candado. Una guarda que queda sin colocar no lastima a quien la sacó. Lastima al operario que arranca el equipo en el turno siguiente, y las consecuencias van desde un atrapamiento hasta una amputación.

El tercer error se ve cuando dos compañeros llevan un caño largo sin ponerse de acuerdo. Si no definen el recorrido, quién marca el ritmo y cuándo apoyar la carga, basta un tropiezo o un cambio de paso para que la pieza les caiga sobre los pies. Cuando la carga es pesada o incómoda, la decisión segura es usar un carro, un aparejo o un equipo de elevación. La Resolución 295/03 de la SRT fija límites claros para el manejo manual de cargas justamente por esto.

Las consecuencias van mucho más allá del golpe. Hay fracturas, días de baja, tareas que se frenan, investigaciones y una familia que recibe una llamada que nadie quiere hacer. **Los accidentes no aparecen de repente. Se construyen con pequeños descuidos.** Y cada uno de esos descuidos fue, en algún momento, una oportunidad perdida de que alguien interviniera.

Cuatro hábitos para cuidarnos entre todos

Ahora bien, ¿cómo se practica esto en el día a día? Empieza por algo básico: pensar en el que viene detrás. Antes de dejar un lugar, una herramienta o una tarea, preguntate qué le estás dejando al próximo. Un pasillo despejado, una guarda colocada y una herramienta guardada no se notan, pero son lo que evita que alguien salga lesionado.

Tan importante como esto es no pasar por alto lo que ves mal. Si podés corregirlo de forma segura, corregilo. Si no, avisá al supervisor, delimitá la zona si hace falta y asegurate de que alguien se haga cargo. Avisar y desentenderse no alcanza: el aviso solo sirve cuando alguien actúa.

A esto se suma el pedido de ayuda. Si el trabajo es demasiado grande para una sola persona, conseguí a alguien más, y si otro te lo pide, ayudalo. **Pedir ayuda no es de débiles: es la decisión de un profesional.** Y si una tarea se vuelve insegura, cualquiera del equipo tiene derecho y responsabilidad de detenerla hasta que las condiciones vuelvan a ser seguras.

Finalmente, si se te ocurre una forma de hacer el trabajo más seguro, no te la guardes. Nadie conoce mejor un riesgo que quien convive con él durante ocho horas. Contá también los casi accidentes, esos sustos que terminaron en nada. Son avisos gratuitos, y compartirlos permite que el siguiente no tenga que aprender a golpes.

Volver sanos a casa es una tarea compartida

Hay una razón por la cual cuesta tanto levantar los tornillos del pasillo. **La rutina no elimina el riesgo; solo hace que dejemos de verlo.** Después de años haciendo lo mismo, el cuerpo funciona en piloto automático y el peligro se vuelve invisible. Un compañero atento es la mejor forma de recuperar la mirada: ve lo que a uno se le pasa, avisa lo que uno no notó y corrige lo que uno dejó a medias.

Por eso conviene recordar que ningún accidente pertenece solamente a quien lo sufre. Pertenece al equipo, al sector y a todos los que estuvieron cerca y no hicieron nada. Y también al revés: cada accidente evitado es mérito de alguien que se tomó unos segundos para actuar. **Trabajar rápido nunca debe significar trabajar inseguro**, y esos segundos nunca son tiempo perdido.

La seguridad no consiste únicamente en cumplir procedimientos: consiste en construir una cultura donde cada persona regrese sana y salva a su hogar al finalizar la jornada. Esa cultura no la hace un reglamento. La hacemos nosotros, cada vez que nos agachamos a levantar algo, volvemos a colocar una guarda, esperamos al compañero para levantar una carga o decimos en voz alta lo que vemos.